

Política y Fatalidad en *La Hojarasca* de García Márquez

Con la aparición reciente de *El otoño del patriarca*¹, donde el tema de la dictadura se plantea en el primer plano de la novela, asistiremos a una nueva serie de ensayos dedicados a aclarar el testamento político de García Márquez: la prensa colombiana ya ha calificado la nueva obra como “un banquete de ideología y lenguaje”². En anticipación de tal derroche, el momento nos parece oportuno para volver a estudiar algunos aspectos de la temprana novela de García Márquez, *La hojarasca*³, tal como se presentan en el contexto de la compañía bananera.

El antagonismo que subsiste entre el médico y el pueblo es una de las fuerzas motrices de la historia: la negación de ayuda profesional por parte del médico desencadena una multitud de tensiones que culminan en su suicidio. La escena que desarrolla este conflicto es establecida por las actividades de la compañía bananera, que construyó el ferrocarril y la planta eléctrica, el salón de cine y numerosos lugares de diversión. La compañía en sí permanece anónima en el trasfondo de la narrativa: no sabemos quiénes son sus directores, ni de dónde vienen ni por qué se marchan. Los escasos detalles concretos de sus negocios en Macondo sirven para demostrar cómo la explotación económica es respaldada por el desarrollo de actividades de esparcimiento. El impulso económico y demográfico es de corta duración, y sólo el ferrocarril y la planta eléctrica quedan funcionando en el pueblo. El autor insiste en la decadencia física de Macondo después de la salida de la compañía: “Aquí quedaba una aldea arruinada, con cuatro almacenes pobres y oscuros...” (p. 110; comparar las páginas 122, 128 y

¹ *El otoño del patriarca*, editorial Plaza y Janes, Barcelona, 1975.

² *El monstruoso GGM lanza su segunda gran novela*, reseña anónima, *El Tiempo*, Bogotá, 22 de junio de 1975, p. 6a; comparar los artículos de Ernesto Volkening (*El patriarca no tiene quien lo mate*) y de Angel Rama (*Un patriarca en la remozada galería de dictadores*) publicados en *Eco*, Bogotá, tomo XXIX/4, Núm. 178, agosto de 1975, pp. 337-387 y pp. 408-443.

³ Edición consultada: editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, Colección “Índice”, segunda edición.

129); tanto para el coronel como para su hija, esta caída es una consecuencia de la política de la compañía (pp. 122 y 128).

Más importante que esta destrucción física es el desmoronamiento moral que Macondo heredó de la compañía extranjera. El coronel sostiene (p. 122) que hubiera sido posible reparar los daños materiales si los macondianos hubiesen guardado su sentido de lucha; pero la gente queda "cesante y rencorosa, a quien atormentaban el recuerdo próspero y la amargura de un presente agobiado y estático" (p. 110); en tal encrucijada, los valores del futuro o del pasado ceden ante los placeres del momento pasajero: "Me acordé de Macondo, de la locura de su gente que quemaba billetes en las fiestas, de la hojarasca sin dirección que lo menospreciaba todo, que se revolcaba en su ciénaga de instintos y encontraba en la disipación el sabor apetecido" (p. 85). Más tarde el gobierno es obligado a distraer esta frustración popular por medio de la historia de los pasquines (pp. 110 ff.), y la violencia que finalmente se desata es una consecuencia ineluctable de la política bananera: "Nada había entonces en el porvenir salvo un tenebroso y amenazante domingo electoral" (p. 110; la misma idea se repite en las páginas 122-123).

El médico es igualmente asediado por la compañía. Con ser un personaje misterioso y poco sociable (p. 78), era anteriormente el único médico del pueblo y por consiguiente ejercía un papel en la comunidad (p. 68). El servicio médico implantado por la compañía destruye su contribución a la sociedad (pp. 68-69); al perder su clientela, el médico se siente "derrotado por las circunstancias" (p. 69; comparar p. 92), porque "hubo trabajo para todo el mundo, menos para él" (p. 70). La investigación oficial de sus títulos profesionales (pp. 70-71), sugerida por los médicos de la compañía, adelanta la misma destrucción.

La primera reacción del médico es la de comprar una hamaca y encerrarse (p. 69). Poco después, su vida cambia de manera dramática: empieza a bañarse todos los días, se perfuma como un adolescente y va frecuentemente a la peluquería. Este cambio es susceptible de una doble interpretación: de un lado, puede ser que el autor está subrayando la capacidad de lucha del médico, quien prefiere adaptarse a la hojarasca al ser eliminado por ella (volveremos a este punto más tarde); de otro lado, tal comportamiento puede ser el índice de un derrumbamiento interior, en comparación con su vida anterior: así piensa el coronel (p. 95). Es interesante notar al respecto cómo García Márquez utiliza una sintaxis ambigua para sugerir que la suerte del médico se identifica con la del pueblo, ambos víctimas de la hojarasca: en su última conversación en el corredor con el médico el coronel recuerda la historia de Macondo (p. 95, frase ya citada): "Me acordé de Macondo, de la locura de su gente que quemaba billetes en las fiestas...". La frase siguiente se puede referir a Macondo o al médico: "Me acordé de su vida antes de que llegara la hojarasca" (su=*del médico* o *de Macondo*). A primera lectura, la última frase del párrafo, con su contraste temporal, parece una continuación de la historia de Macondo (su=*de Macondo*): "Y de su vida posterior, de sus perfumes baratos...". Solamente con la mención

de los “viejos zapatos lustrados” y del “chisme que le perseguía”, nos damos cuenta de que ahora se trata del médico (su=*del médico*).

De acuerdo con esta presentación de una repetida eliminación (un pueblo y un hombre), el lector se justifica en su condenación de la compañía bananera; pero si se acuerda de que los dos acontecimientos principales de la narración (el suicidio y el entierro) resultan de un rechazo supremo por parte de un individuo, se destaca una visión más profunda de la filosofía trágica de la novela. Más allá de la responsabilidad moral de la compañía, el autor enfatiza la complicidad de los habitantes del pueblo, caracterizados por su abdicación del pensamiento. Isabel se encuentra un día casada con un hombre a quien apenas conoce; no obstante su sufrimiento moral, que se refleja en su incomodidad física, participa en el entierro, sin osar desobedecer a su padre. Lleva al niño para sentirse protegida (p. 17), y se viste de manera insólita para no ser identificada ni siquiera por sus propios sentimientos (p. 19). Primero se contenta con varias excusas de su conducta: su padre no le dio tiempo para pensar en una decisión personal (p. 17); inclusive en sus deseos de vivir en el cuartito cerrado con su prometido, en contra de la voluntad de su madrastra, se muestra débil: “Pero yo no me sentía con fuerzas para hablar a mi madrastra de mis proyectos... Pero a mi cobardía, a mi absoluta falta de decisión, se agregaba la nebulosidad de mi prometido...” (pp. 72-73).

Los macondianos sufren de la misma apatía: en vez de combatir las fuerzas colectivas de la realidad exterior, se refugian en una actitud estéril: “Hace diez años, cuando sobrevino la ruina, el esfuerzo colectivo de quienes aspiraban a recuperarse habría sido suficiente para la reconstrucción. Habría bastado con salir a los campos estragados por la compañía bananera; limpiarlos de maleza y comenzar otra vez por el principio” (p. 122). Les falta el sentido de solidaridad, a diferencia de la hojarasca, que logró unidad y solidez (p. 10); cada cual está encerrado en su propio mundo, y todos convencidos de que “eran ellos quienes determinaban sus propios actos” (p. 122). La señora Rebeca no se ocupa de nada (p. 128); Agueda es “agobiada por una paciente enfermedad religiosa” (p. 128); el padre Angel se interesasolamente en su indigestión de albóndigas (p. 128), mientras que Adelaida se sienta junto al pasamano para esperar la hora del Juicio (p. 127). Las calles se ven desiertas y el tren no lleva a nadie; sólo las mellizas de San Jerónimo y la pordiosera introducen un elemento de movimiento en este cuadro estancado. La apatía aumenta con el transcurso del tiempo: Adelaida pierde su energía y su carácter férreo (p. 127); el médico finalmente vuelve a encerrarse para siempre, y el coronel refiere más y más frecuentemente a la inevitabilidad de los acontecimientos y admite su incapacidad de luchar contra estas fuerzas: “De todos modos, lo que suceda tenía que suceder. Es como si lo hubiera anunciado el almanaque” (p. 126).

La hojarasca es precedida por dos fragmentos extra-textuales—una cita de la *Antígona* de Sófocles y un resumen de la historia de Macondo—, los cuales fijan la atención del lector en los temas gemelos de la novela: la actividad bananera y la acción rebelde. Desde la primera frase del fragmento histórico se

percibe cómo García Márquez se interesa más en la transposición poética o simbólica de un hecho que en su veracidad histórica⁴. El autor menciona la *compañía bananera* una vez, y no vuelve a nombrarla; prefiere evocarla en una gama de imágenes asociativas que despiertan una gran visualización. La técnica se anuncia desde la primera oración, donde la llegada de la compañía es comparada a un *remolino*. Esta referencia nos comunica el movimiento agitado y destructivo, similar al de la compañía, el cual se aumenta con la mención de *ventisquero, avalancha, tormenta y tempestad* (comparar los verbos y ciertos participios: *arrojó, esparció, arrastrados, perseguida*). La hojarasca se menciona seis veces: además de aludir a la gente que llegó tras de la compañía, la palabra se puede interpretar en un sentido concreto: el lector vívamente imagina las hojas muertas, esparcidas por el viento, el cual refuerza la idea de movimiento agitado⁵. Al mismo tiempo, esta visualidad es explotada por el autor en ciertos puntos críticos de la frase para insinuar una ambigüedad semántica: "En menos de un año (la hojarasca) arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios" (p. 9). Los verbos *arrojar* y *esparcir* permiten la interpretación visual y concreta de la "hojarasca"; pero su yuxtaposición con las catástrofes del pasado implica que se trata de un elemento más abstracto o mágico. La ambigüedad es subrayada por un detalle lingüístico: después del remolino de la primera frase, el autor deja de utilizar la estructura comparativa basada en el comparativo *como*. Es decir, la hojarasca no aparece como si fuera una imagen (remolino), sino como un fenómeno independiente y misterioso de la realidad: "La hojarasca volteó y salió a recibirlo...y sufrió el natural proceso de fermentación y se incorporó a los gérmenes de la tierra" (p. 10). De un lado, los verbos *volteó* y *salió*, en contraste con los otros dos anteriores (arrojar, esparcir), personifican a la hojarasca de manera insólita⁶; de otro, la referencia a los "gérmenes de la tierra" evoca la interpretación más literal: las hojas caídas que están descomponiéndose.

Una dualidad semejante se capta en la palabra *desperdicios*, que se repite ocho veces en el prólogo y se refleja en las referencias a *rastrojos* y *escombros*. La primera mención de la imagen introduce su dualidad: "...los desperdicios humanos y materiales...", porque el lector no sabe si está funcionando en sentido concreto o abstracto. A medida que el prólogo se desarrolla, esta ambivalencia se incrementa: a veces, la palabra parece referirse a cosas inánimes: "...esparció en las calles su confusa carga de desperdicios"; otras veces, adquiere una fuerza interior y orgánica, de modo que actúa como si fuera una personificación

⁴ Comparar mi artículo *Imagen y fantasía en la obra de García Márquez* que será publicado en el volumen 24 (Núm. 3) de la *Kentucky Romance Quarterly*, EE.UU.

⁵ En su traducción norteamericana, la novela se intitula *Leaf Storm (Leaf Storm and other stories*, traducida por Gregory Rabassa, editorial Harper & Row, Nueva York, 1972).

⁶ Comparar la personificación del odio para con el médico: "Y entonces el impulso *se refrenó, cambió de curso*, pero tuvo aún la fuerza suficiente para que gritaran esa sentencia que aseguraría, para todos los siglos, el advenimiento de este miércoles" (p. 124).

autónoma: "Y estos desperdicios, precipitadamente, al compás atolondrado e imprevisto de la tormenta, se iban seleccionando, individualizándose...", donde la visualización nos recuerda la descripción de las noticias en el monólogo de *Isabel viendo llover en Macondo*⁷. Otras veces se establece una ambigüedad sintáctica: a primera lectura la frase siguiente parece referirse a cosas inánimes: "...los desperdicios de los almacenes, de los hospitales, de los salones de diversión, de las plantas eléctricas..." (desperdicios = sobras); pero al principio de la oración (separado del sujeto por dos descripciones), se encuentra el verbo *vinieron*, que sugiere la llegada de *personas*. En la frase siguiente, los verbos utilizados indican que ahora la palabra *desperdicios* se aplica a los seres humanos: "Hasta los desperdicios del amor triste de las ciudades nos *llegaron* en la hojarasca y *construyeron* pequeñas casas de madera e *hicieron* primero un rincón...".

De este modo, la ambigüedad semántica de las dos palabras claves del fragmento histórico (hojarasca, desperdicios) implica que la importancia de la compañía bananera no radica sólo en sus detalles históricos o sociológicos, sino en su aporte simbólico a la estructura metafórica de la realidad. De un lado, la compañía bananera se asemeja a los grandes cataclismos de la naturaleza, tal como una fuerza ciega e incomprensible; de otro, las imágenes de destrucción recuerdan también el tono retórico del Antiguo Testamento, donde la "hojarasca" se convierte en un símbolo polifacético del pecado original y del castigo de Dios: se esbozan los temas de la *vanitas vanitatis* y del ritmo cíclico de la vida en que todo se vuelve ceniza.

Si el fragmento histórico sirve para despertar la ambigüedad semántica de la hojarasca, la cita de *Antígona* logra orientar esta ambivalencia hacia una visión que evoca la fatalidad trágica del teatro griego; el análisis propuesto por Pedro Lastra en un artículo frecuentemente citado en la crítica de García Márquez⁸, nos parece, al respecto, muy incompleto. Lastra se limita a una enumeración de ciertos paralelismos estructurales entre *Antígona* y *La hojarasca* (la formulación de una promesa, la condenación, la distribución de los personajes, etc.), sin explicar en qué manera la filosofía griega se relacione con el sentido que en la obra tiene la compañía bananera. Tampoco se entiende el comentario de Vargas Llosa cuando dice que la ficción de García Márquez reincarna un mito griego "...sin proponérselo: el 'demonio' operó en su caso de manera inconsciente"⁹); si fuese así, cómo se explica la cita de Sófocles al frente de la novela?

El rasgo esencial de la visión griega de la tragedia radica en la dualidad de la vida humana, donde la responsabilidad personal del héroe se ve mitigada por las actividades de los dioses. Así, el mecanismo de la acción trágica se sitúa tanto

⁷ (Las noticias) "Simplemente llegaban, precisas, individualizadas...", *Isabel viendo llover en Macondo*, editorial Estuario, Buenos Aires, 1969, p. 16.

⁸ *La tragedia como fundamento estructural en 'La hojarasca'*, en *Anales de la Universidad de Chile*, Año CXXIV, Núm. 140, octubre-diciembre de 1966.

⁹ *García Márquez, Historia de un deicidio*, editorial Barral, Barcelona, 1971, pp. 156-157.

dentro del hombre como fuera de él: el mismo personaje puede ser dueño y víctima de una sola acción. El acto trágico es también contagioso: la mancha del crimen se extiende más allá del individuo hacia su familia, su ciudad y su país...su castigo se puede correr por toda una generación. El mito de Antígona reproduce este esquema clásico. En un primer plano, Antígona está plenamente consciente de su desacato de la proclamación de Creonte, y por consiguiente su acción trae una culpabilidad inapelable. La acción del coronel en *La hojarasca* ofrece muchos paralelos con la de Antígona: el crimen de Polinices radicó en su ataque contra su ciudad natal con la ayuda de extranjeros, y como tal, la decisión de Antígona implica una cierta colaboración con los extranjeros. Del mismo modo, el coronel se compromete con el médico, también extranjero. Además, la insistencia de Antígona de enterrar a su hermano no se basa en ningún desafío abierto hacia la Ciudad, sino que aparece como una exageración imprudente de un principio laudable y lógico en sí: sus padres ya muertos, Antígona no podrá tener ningún otro hermano (hubiera sido posible reemplazar a un esposo o a un hijo)¹⁰. *La hojarasca* nos ofrece una insistencia semejante por parte del médico en el cumplimiento total de un compromiso que parece algo misterioso en sus orígenes: no sabemos cómo la carta de presentación del coronel Aureliano Buendía bastara para que el padre de Isabel se hubiese podido comprometer. Si la llegada del médico significa, para el coronel, el comienzo de una historia que se asemeja a la de Antígona, el mismo esquema se reproduce en el nivel del pueblo y de la compañía bananera. Es decir que la llegada de los norteamericanos corresponde también a la proclamación de Creonte: tal como la actitud inflexible de Antígona le conduce a su muerte, la inmovilidad de los habitantes de Macondo hace posible su explotación por la compañía: "...lo único que pudimos hacer fue poner el plato con el tenedor y el cuchillo detrás de la puerta y sentarnos pacientemente a esperar..." (p. 10).

En un segundo plano, la responsabilidad de Antígona es atenuada por su historia personal; donde la maldición de los dioses aparece en todas las generaciones de Layo. Según el oráculo, Edipo, padre de Antígona, mataría a su padre (Layo) y se casaría con su madre (Yocasta): su vida se convierte en una serie de acciones en contra de los obstáculos de la realidad para luego aceptar la derrota final y su auto-castigo (la ceguera). El destino de Edipo es una continuación de la maldición que cayó sobre su padre, a quien los dioses habían prohibido tener hijos: la misma maldición pasa por Edipo para recaer sobre el destino de Antígona. Es decir, la fatalidad de la visión griega es tanto *a priori* como *a posteriori*.

Una ambigüedad semejante se refleja en la historia de García Márquez, donde el error personal de los habitantes es comprometido por una gama de referencias a la fatalidad. En un pueblo donde el cura prefiere leer las predicciones atmosféricas del almanaque Bristol a predicar el Evangelio, no es sorprendente constatar que el sentido de fatalidad ha desgastado la fuerza vital de la

¹⁰ Véase el estudio de J. Lacarrière: *Sophocle*, editorial L'Arche, Paris, 1960, p. 77

gente. Así, Adelaida recuerda cómo ayudaron a Meme a abandonar el hogar familiar: “Eso también fue un castigo de Dios...también intervino la mano de la Providencia” (p. 85), y vuelve a prever otra catástrofe al saber que Meme se va a vivir a la casa de la esquina (p. 86). Otras veces, la fatalidad se manifiesta a través de la superstición popular: al encontrar a Isabel por primera vez, Martín descifra su suerte en su pocillo de café (p. 75); Isabel se siente condenada por el “mortal año bisiesto” (p. 21), al igual que Adelaida (p. 118). La herencia es también indicio de la fatalidad: Isabel acepta su participación en el entierro como si estuviera predestinada a cumplirla (p. 21); se nos dice que es el “vivo retrato” de su madre (p. 38), y del mismo modo está convencida de que su hijo la abandonará como lo hizo el padre (p. 114); comparar en un plano más humorístico la descripción de los hijos de Genoveva García (p. 115): “pequeños e inquietantemente iguales entre sí”). Isabel sugiere (p. 72) que su modo de pensar es condicionado por las circunstancias de su adolescencia, y en las vísperas de su matrimonio aparece el fantasma de su madre (p. 89). Al mismo tiempo, el autor intercala una trama de referencias más elusivas a la fatalidad. El niño se da cuenta de la certidumbre de la muerte (p. 22) e Isabel profetiza la destrucción definitiva de Macondo (p. 129). El coronel alude varias veces a la inevitabilidad de los acontecimientos (pp. 99, 101, 121 y 133), mientras la gente de Macondo sabía de antemano que “...la hojarasca había de venir alguna vez...” (p. 10).

Tal como sucede con los pasquines en *La mala hora*, García Márquez no establece ninguna distribución rígida de culpabilidad, y la novela termina con una interrogación. Sin negar la responsabilidad personal de los habitantes de Macondo, el autor nos muestra que ésta depende también de otros elementos, tanto religiosos o históricos como económicos. La fatalidad que pesa sobre Macondo parece identificada momentáneamente con el médico: Adelaida confiesa a Isabel que su venida fue un castigo de Dios (p. 84) y que todo lo que lo rodea es contaminado de “...una condición maléfica, completamente diabólica” (p. 72)¹¹. La llegada del médico, quien es extranjero, representa en cierto sentido un ejemplo específico de las fuerzas que asedian a una sociedad desde afuera; en un plano más general (al igual que los dioses en la tragedia griega), la compañía bananera es el eje principal en este proceso donde, en última instancia, están en juego las fuerzas de la historia misma. En su estudio sobre la novela, Vargas Llosa señaló que *La hojarasca* abraza un período más extenso que la época bananera propiamente dicha¹²: es decir, se incluyen episodios muy anteriores a 1903, tales como las alusiones a las guerras civiles. En el contexto de la visión cíclica que aparece en el fragmento histórico de la novela, el sufrimiento heredado de la compañía bananera puede ser otro capítulo en una historia más larga de padecimiento, tal vez sin comienzo ni fin. De esta manera, el pueblo es condenado a un subdesarrollo perpetuo, a una explotación que no conoce ningún

¹¹ Comparar p. 69. El médico sabe prever “...los nuevos rumbos trazados por la hojarasca...” (p. 69) y admite al coronel: “Todo esto pasará cuando nos acostumbremos a la hojarasca” (p. 70).

¹² M. Vargas Llosa, op. cit., p. 246.

límite. El contexto griego refuerza y aumenta esta visión: si las fuerzas históricas se caracterizan por su ritmo cíclico, ellas son también dotadas de un dinamismo caprichoso: en vez de vivir en un mundo cuya historia y cuyos dioses son una verdadera presencia, vivimos en un universo anónimo e ilógico, y los dioses, para elaborar un concepto de Jacques Lacarrière¹³, son solamente un veredicto en un proceso burlesco donde el hombre depone contra sí mismo. Así Isabel lamenta: "Es como si Dios hubiera declarado innecesario a Macondo y lo hubiera echado al rincón donde están los pueblos que han dejado de prestar servicio a la creación" (p. 127).

En su estudio de *La hojarasca* ya citado¹⁴, Pedro Lastra comenta brevemente sobre el paralelo de actitud que existe entre ciertos personajes de la novela colombiana y los de la tragedia de Sófocles: por ejemplo, el carácter férreo del coronel recuerda la entereza de Antígona. Sin negar la validez de esta observación, es preciso anotar cómo estos paralelos contribuyen a insinuar una implicación de la filosofía griega dentro del marco de *La hojarasca*. Edipo no acepta la profetización del oráculo según la cual mataría a su padre y se casaría con su madre, y en eso consiste su grandeza. En *La hojarasca* el valor humano también aparece como el fruto de la necesidad de actuar: "Mientras se mueve algo, puede saber que el tiempo ha transcurrido. Antes no. Antes de que algo se mueva es el tiempo eterno..." (p. 62). El autor subraya el carácter decidido del coronel, quien acoge al médico a pesar de su familia y del pueblo: "Papá no tiene por qué preocuparse. En realidad se ha pasado la vida haciendo cosas como ésta; dándole a morder piedras al pueblo...de espaldas a todas las conveniencias" (p. 17; comparar p. 61). A despecho de la resistencia del alcalde, el coronel sabe que éste tendría que ceder ante su actitud (p. 36). Excepto por sus alusiones a la fatalidad, el único momento en el cual esta voluntad parece doblegarse fugazmente es durante su última conversación, en el corredor, con el médico (p. 93), donde se alude oblicuamente a la religión: "— Pero no le produce temor una noche como ésta? No tiene usted la sensación de que hay un hombre más grande que todos caminando por las plantaciones...?". La respuesta del médico se extiende a través de una estructura retórica y dramática, la cual eleva su individualidad a mayor relieve: "— No creo que me desconcierte nada de eso... Lo que me desconcierta" dijo, y se quedó mirándome a los ojos, concretamente, con dureza: "Lo que me desconcierta es que existe una persona como usted capaz de decir con seguridad que se da cuenta de ese hombre...". El médico, que aquí corresponde al Edipo clásico, es el símbolo mayor de la rebelión: come hierba, comparte su cama con Meme, practica aborto una vez y piensa en hacerlo otra. A diferencia de los habitantes de Macondo, el sufrimiento para él es un camino de resurrección: "Se le oía moverse en el cuarto con una atormentada y enloquecedora insistencia...el hombre pasado y el hombre presente...se empeñaron en una sorda batalla en la cual el pasado defendía su rabiosa soledad...y el presente, su terrible

¹³ J. Lacarrière, op. cit., p. 74.

¹⁴ Véase la nota 8.

e inmodificable voluntad de liberarse de su propio hombre anterior” (pp. 78-79). Cambia su modo de vida para entrar en una segunda adolescencia; se niega a asistir al entierro del Cachorro, y decide el momento y el método de su propia muerte. Su suicidio no es una derrota convencional, sino una acción en que convergen los dos temas de rebelión y aceptación (como la ceguedad de Edipo). Además, el autor subraya que su muerte parece vinculada a un proceso natural: “...se advertía que este hombre había empezado a morir desde mucho tiempo atrás...” (pp. 125-126). En este contexto, la insistencia del alcalde de que “Es imposible que una sogá tan delgada haya sostenido su cuerpo” (p. 34) adquiere una ironía adicional. En un plano secundario, es posible considerar a Meme como un personaje que se rebela. Antes de relacionarse con el médico, su carácter parece conforme con su condición de guajira: es una mujer sencilla (p. 31) y laboriosa (p. 100). La llegada del médico nos revela a otra Meme, a quien no le importa la opinión de la gente (p. 32): asiste a la misa de manera escandalosa, comparte la cama del médico en la casa del coronel, y se hace practicar el aborto. Tal como el médico en su lucha con su doble personalidad, Meme también sufre para controlar y dirigir su nueva vida: “A veces creía que Meme iba a llorar mientras hablaba. Pero se mantuvo firme, satisfecha de estar expiando la falta de haber sido feliz y haber dejado de serlo por su libre voluntad” (p. 43). Este mismo rasgo aparece en su decisión de no abortar por segunda vez (p. 103); deja al médico para seguir nuevos rumbos (si es verdad que se marchó tal como lo dice el médico) (p. 112). Por último no sabemos cuál es el destino final de Meme; tampoco las razones de su cambio de vida: ¿es ella engañada por el médico, o es Meme quien se aprovecha de la situación? Es posible que la verdadera respuesta se oculte en las páginas del almanaque Bristol...

“Mi problema más importante era destruir la línea de demarcación que separa lo que parece real de lo que parece fantástico. Porque en el mundo que trataba de evocar esa barrera no existía...”¹⁵; esta declaración de García Márquez se vincula al “realismo mágico” de *Cien años de soledad*, pero igualmente ilumina la trama narrativa de su primera novela. La historia termina en un punto de interrogación (¿qué sucederá en el entierro?), el cual se aplica a su causalidad interior (¿qué o quién es responsable de la caída de Macondo?): de ahí su originalidad. A través de la yuxtaposición equívoca de la mitología griega con ciertos acontecimientos de la época bananera de Colombia, el autor nos muestra que el subdesarrollo del continente no es susceptible de un análisis racionalista, ni asequible al tono de una condenación anti-imperialista. La novela comprometida ha fracasado porque “...los lectores latinoamericanos no necesitan que se les siga contando su propio drama de opresión e injusticia...la realidad no termina en el precio de los tomates”¹⁶. Es así cómo la política en *La hojarasca* se ha convertido en un fenómeno autosuficiente, dotada de un dinamismo interior.

¹⁵ M. Fernández-Braso, *Una conversación infinita*, editorial Azur, Madrid, 1969, pp. 95-96.

¹⁶ M. Fernández-Braso, op. cit., pp. 58-59.

En última instancia, ella también es un elemento mágico-realista, al igual que la violencia, el machismo y otros mitos continentales.

*Institut des Hautes Etudes
de L'Amérique Latine, Paris*

BRIAN J. MALLET